

No más lágrimas

No, aquí no se trata de un champú de bebé que es tan suave que no hará que su bebé llore al lavarle su cabecita. Todo lo contrario, se espera que este pequeño folleto causará que muchos en la Iglesia, tanto los padres de familia como el clero, lloren lágrimas de pena por el horrible estado en que están sumidas muchas de nuestras familias católicas. Desafortunadamente otro problema que tenemos en la Iglesia es la ausencia de lágrimas por los pecados de nuestros hijos.

Nosotros como sociedad hemos aceptado el pecado, y en mayoría, desafiaremos a cualquiera que intente traerlo ante nosotros para corregirlo. Es como si pensáramos que al defender al pecador, estamos promoviendo la virtud cristiana de la compasión. Siempre podemos usar citas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento referentes a los fariseos y a sus ataques a los pobres pecadores de esa época, como referencias confiables para reforzar nuestra posición. También podemos citar las muchas condenaciones de Cristo de esos fariseos que usaban la ley para oprimir a los pobres pecadores. Al hacer esto nos estamos colocando fraudulentamente del lado de Cristo. Si alguien no está de acuerdo con nosotros cuando aceptamos esos pecados, automáticamente le colocamos del lado de aquellos fariseos duros de corazón, desamorados y criticones. Podemos sentirnos e incluso parecer verdaderos cristianos a esta sociedad que no juzga, la cual hemos ayudado a construir. Nos hemos convertido en una sociedad que puede honestamente alardear que definitivamente no somos como los fariseos. Nos hemos convertido en gente que ha aceptado los pecados de la sociedad y que, en general, parece luchar por el derecho a pecar, y a pecar sin temor. Por haber aceptado de esta manera los pecados de nuestro prójimo, realmente esperamos que nos aclamen como cristianos católicos amorosos y compasivos.

¿Ha escuchado alguna vez a un sacerdote decir: “No permita que nadie le cierre las puertas del Cielo en la cara”? Dicen esto en respuesta a alguien que aconseja a un pecador que si muere en pecado mortal no irá al cielo. Así que lo que el sacerdote está diciendo es que la persona que informa le está cerrando la puerta del Cielo en la cara al pobre pecador que recibe la información.

Bien, me gustaría analizar esta situación y demostrar si realmente es el sacerdote y no la persona que da la información quien posiblemente le esté cerrando las puertas del Cielo en la cara al pecador.

Debemos recordar y nunca olvidar que Cristo también dijo: “Vayan y enseñen a todos los hombres lo que les he encomendado”. Y “Si tu hermano peca y tú se lo dices, el pecado es de él; pero si no se lo dices, el pecado es tuyo”. Bien, me imagino que mi amigo sacerdote cree que la mejor manera de salvar almas es mantener la Buena Nueva lejos de ellos. Puesto que las Escrituras dicen que si uno le dice a su hermano que está pecando, el pecado es de él; así que el pecado es de él y ¡usted le ha cerrado las puertas del Cielo en la cara! ¡No le da vergüenza!

Llevará más de un folleto aclarar una visión tan distorsionada de las Escrituras, pero yo puedo ofrecerle una explicación corta y modesta.

Lo que Cristo dice es que debemos amar a nuestros hermanos tanto que estemos dispuestos a ofenderlos e incluso perder su amistad con tal de hacer un esfuerzo para traerles la Buena Nueva. En ninguna parte de las Escrituras encontrará a Cristo ni siquiera insinuando que la verdad le deberá ser retenida al pecador. Por el contrario, Cristo dice “la verdad os hará libres”, y no “retener la verdad os hará libres”. Sin embargo, eso es exactamente lo que ha estado sucediendo en la Iglesia en los últimos cincuenta años, la deliberada retención de las verdades (la Buena Nueva) de la Santa Madre Iglesia.

Ahora quiero poner a un lado el dilema de la salvación, ya que sólo y únicamente Dios decidirá quien entrará y quien no al Reino de los Cielos.

Quiero enfocarme en algo que hasta un ciego puede ver. Y eso es que desde que el tema del pecado ha sido casi completamente eliminado del vocabulario católico, ¡la práctica del pecado ha aumentado astronómicamente! La fornicación ha producido incontables madres solteras. El adulterio ha producido innumerables divorcios. Las enfermedades les han costado la vida a innumerables pecadores a quienes se les negó la Buena Nueva que pudo haberles dado el valor para resistir el pecado y sus horribles consecuencias. Recuerden que Cristo nos advirtió que los ciegos llevarían a los ciegos a su propia

destrucción. Antes de continuar me gustaría hacer esta declaración con la esperanza de que se grabará en sus mentes: *No solamente la mayoría de nuestros pastores se rehusarán a decirle al pecador lo que es el pecado y por qué es pecado, sino que diabólicamente quieren impedir que otros lo hagan.* Es como si quisieran que todos adopten una vida de pecado para que nadie se sienta culpable y así Dios tenga que mandar a todos al infierno o perdonarlos a todos. Realmente tenemos **grandes problemas** en nuestra Iglesia.

La Madre Compasiva

Una madre, preocupada por el estilo de vida poco convencional de su hija, vino a mi casa buscando consejo. Me contó que su hija estaba viviendo con su novio, y que ella no sabía qué hacer al respecto. Yo le dije a la señora: “Su hija está viviendo como un animal”. Ella se quedó muy sorprendida y exclamó: “¿No cree que está siendo un poco duro?” Yo le respondí que no. “Mire, señora”, le dije, “su hija se está divirtiendo mucho y ella no va a renunciar a toda esa diversión por estar un poco equivocada. Ella tiene que estar convencida de que lo que está haciendo es extremadamente equivocado. Ella necesita una madre que la ame lo suficiente como para hacer lo que los mundanos no harán, o sea, hacerla comprender que lo que está haciendo es degradante para una hija de Dios y que le puede ganar el infierno para toda la eternidad. Ella necesita una madre que le explique que los animales responden espontáneamente al instinto sexual y que no hay nada de malo en ello. Ella, no obstante, es una hija de Dios, dotada de un alma inmortal, de una conciencia y una voluntad”.

Si esperamos que nuestros jóvenes vivan una vida en Cristo, sus conciencias deben de ser formadas correctamente, lo que quiere decir poder comprender el mal que hay en los diferentes pecados que encontrarán a lo largo de sus vidas. Si los jóvenes no saben y no comprenden el mal que hay en abusar de su sexualidad, debemos sacar en conclusión que los padres de familia, al igual que la comunidad católica, han fracasado en transmitir estos principios morales cristianos; principios que son absolutamente necesarios para una vida verdaderamente exitosa en este mundo, al igual que en el más allá.

Los jóvenes juzgan la gravedad del pecado mortal por la forma en que responden los adultos respetables que les rodean. Cuando ellos ven que sus padres aceptan sus prácticas pecaminosas, aunque los padres les demuestren que no están del todo complacidos, ellos asumen que lo que están haciendo no es tan malo. Pues, ¿qué padre de familia amoroso aceptaría que su hijo o su hija viva un estilo de vida que ellos consideran (y que la Iglesia enseña) que los enviará al infierno por toda la eternidad? Con todos los supuestos cambios desde Vaticano II, los cuales, en la mente de la vasta mayoría de católicos, han abolido prácticamente todos los viejos tabúes del pasado, uno podría razonar: ¿para qué preocuparse con las pocas reglas que quedan? puesto que seguramente serán abolidas en el futuro cercano. Todo es cuestión de tiempo. La Iglesia finalmente está avanzando hacia el siglo veintiuno.

Este tipo de razonamiento es lo que ha ocasionado la podredumbre que ha destruido a incontables familias y que ha destrozado la credibilidad de las enseñanzas de la Iglesia. Lo triste del asunto es que, aunque estas pobres almas se salven por su ignorancia, aún así cosecharán las desastrosas consecuencias de una vida desordenada. Eche un vistazo a lo que el error ha producido en abundancia: un sesenta por ciento de divorcios, negligencia y abuso infantil, madres adolescentes solteras, abortos y “uniones libres” (el bonito nombre que se le da a vivir juntos sin casarse). Yo prefiero llamar al pan, pan y al vino, vino. Vivir juntos sin casarse es algo de lo que uno no puede estar orgulloso y que debe querer evitar.

Santa Mónica

Si tan sólo hoy en día tuviéramos madres como Santa Mónica. Su vida entera fue una lucha para que su familia viviera su fe católica. Su esposo Patricio, quien era pagano, le causó mucho dolor, especialmente al rehusarse a permitir que bautizara a sus hijos. Pero su dulzura y paciencia tuvieron fruto. Patricio se convirtió al Cristianismo, y Agustín, su hijo descarriado, no sólo se volvió cristiano sino que fue un gran obispo, santo y Doctor de la Iglesia. Un obispo santo le dijo a Mónica estas ahora famosas palabras: “El hijo de tantas lágrimas nunca perecerá”. Es verdad que Santa Mónica derramó muchas lágrimas por su

esposo y por su hijo. También es verdad que ella rezaba sin cesar por ellos. Además, no debemos olvidar su esfuerzo constante para que San Agustín aceptara la fe de Cristo, yendo tan lejos hasta incluso seguirlo a otros países. Las lágrimas de Santa Mónica eran las lágrimas de una verdadera madre cristiana quien, al igual que su Maestro, conocía el valor del alma de su hijo.

En la actualidad ya no hay lágrimas. A diferencia de Santa Mónica, las madres de hoy en día ya no juzgan. Ellas aceptan amorosamente los pecados de sus hijos con poco temor de las consecuencias eternas. Parece que han perdido el sentido de lo que es pecado. El pecado ya no es algo que la madre moderna tema para ella o para sus hijos descarriados.

Los obispos, los sacerdotes y los padres de familia deben verdaderamente creer que el pecado es algo terrible para que nuestros jóvenes crean que lo es. Una vez que verdaderamente lo crean, actuarán de acuerdo a ello. Es psicológicamente imposible que nuestras acciones contradigan nuestras creencias. Hoy en día, sin embargo, es rara la madre que realmente muestra remordimiento tanto en sus palabras como en sus acciones. Cuando los padres de familia pueden disculpar con indiferencia los pecados de sus hijos, ellos están dándoles el mensaje de que el pecado no es algo tan malo, y sus hijos responden consecuentemente. Este tipo de actitud abre la puerta para que todos en la familia sean personas de mente abierta y que no juzgan. El pecado es entonces amorosamente aceptado por toda la familia.

Los Resultados

Los resultados de la falta de lágrimas de los padres de familia, especialmente de la madre, es la destrucción de generaciones de jóvenes. Jóvenes, quienes sin tener culpa alguna, no se les amó lo suficiente como para decirles la verdad. Enseñar la verdad, lo mismo que hacer una buena obra, requiere amor, especialmente el amor a Dios. Sí, el meollo del asunto es el poco amor a Dios.

Los padres de familia que verdaderamente aman a Dios intentarán desesperadamente transmitir ese amor a sus hijos. Muchos han incluso empezado a educar a sus hijos en casa, a pesar de las burlas que reciben de familiares y amigos, quienes parecen sentir resentimiento por sus esfuerzos.

Es difícil para estas familias que educan a sus hijos en casa, porque sus hijos tienen que ser diferentes y muchos padres de familia no pueden convencer a sus hijos de que esta diferencia es necesaria para el éxito. La falta de apoyo de la Iglesia, la debilidad de los padres de familia, así como su falta de habilidad de comunicación, son las causas primordiales de que sus hijos quieran ser como el mundo. Tenemos que ser buenos vendedores si hemos de venderles un estilo de vida moral a nuestros hijos en una sociedad materialista y permisiva sexualmente. Y no esperen ayuda de su iglesia local. Parece que está demasiado ocupada protegiendo a los padres de familia de sus responsabilidades, las cuales – si las conocieran – podrían causarles un sentimiento de culpabilidad. Podrían incluso hacer que algunos padres de familia lloraran por los pecados de sus hijos.